

La Eucaristía como Pedagogía de las Juventudes

Por MGR. FELIX HENAO BOTERO

(Oración leída en el Congreso Eucarístico Bolivariano de Cali).

Es antídoto contra las tres filosofías: la comodidad, el existencialismo y el totalitarismo.

Una triple filosofía desea vehementemente capitanear las inteligencias, la voluntad y el coraje de las juventudes universitarias y estudiantiles. — Saben los enemigos de Dios que si los conductores de mañana en la prensa, en la radio, en los sindicatos, en los fueros jurídicos de las instituciones y en el desempeño de la orientación profesional, son desviados desde la adolescencia de los principios que informan el cristianismo, suyos serán los hogares, el predominio de las conciencias y los fortines en donde se prevarica contra Dios. — Las tres posiciones heterodoxas son: la comodidad como paraíso, el existencialismo fatalista, y la violencia como panacea.

PRIMERA POSICION HERETICA: LA COMODIDAD.

Por demás insana, halagüeña y sugestiva es la primera concepción de la vida que pretende adoctrinar al estudiante, niño, adolescente o profesional, y dejarle aprisionado entre una malla de urdimbre sutilísima: es la filosofía de la **comodidad** que se refleja en tántos jóvenes de inteligencia marchita antes de pensar, y de voluntad abúlica antes de querer; en aquella muchedumbre de juventudes femeninas cuya vida transcurre entre el club, el teatro, el chisme, el juego y el orpel; en tántos escritorzueros y locutores sin contenido doctrinario; en no pocos caudillejos tropicales vendidos a Mammón; en núcleos impresionantes de universitarios cuya ética es el logro fácil; ociosos enjambrados todos ellos, aperezados y cansados en el despuntar de la jornada. Con ellos no tiene la Patria sino obstáculos en su normal desenvolvimiento y la Iglesia los encuentra mano sobre mano sin que deseen acompañarla siquiera en la hora de nona. Fueron Spencer, Tracy, Mill, Comte y Bentham los nietos del viejo Epicuro sensual, y fue Renán, predicadores todos ellos de un cristianismo naturalista, de una moral sin dogmas, de una vida vacía de sacrificios y desbordada de molicie. El mundo contemporáneo se ha adueñado de teatros y plazas, de emisoras y propaganda, por lo cual el demonio desea descansar ante la organización de la sensualidad en aras de la comodidad, como resultado del di-

letantismo y las pedagogías calculadoras, influidas por Rousseau. Están anesteciando las compañías cineastas a las muchedumbres, dibujándoles en cada crepúsculo el sentido mediocre de la vida, cómoda, holgada y sin esfuerzo. Mientras los caudillos totalitarios readquirían el estilo heroico de los espartanos lanzando las juventudes a locas aventuras ultranacionalistas o de un mesianismo ateo, del otro lado de las líneas, en el Occidente y en América, el cinematógrafo usurpaba las cátedras de los moralistas a fin de justificar la vida superficial con sugestivos colores y motivos; ensalzaba el divorcio, cáncer de las naciones, y glorificaba las playas desnudas de Río de Janeiro y de Miami. El joven que hoy es casto en las ciudades, afirma nuestro Pontífice glorioso, es tan heroico como los primeros cristianos perseguidos, ya que el nuevo paganismo ha embrujado el ambiente, y lo que es más doloroso y delictuoso, ha pretendido borrar el concepto del pecado, so pretexto de que la juventud no debe conocer la amargura del enigma, ni debe entristecerse con la incertidumbre de un posible terminar en la región del castigo. Insensatos! Si amaran a la juventud que es amor y esperanza, deberían predicarle con el Dante que en el infierno no hay amor y parece la esperanza.

En oposición a tales fementidos y burlones principios, cobardes y engañosos, tenemos las creyentes la obligación de elevar el dolor como una cruz meritoria, los dogmas de la expiación cual garantía de nuestro valimiento y liberación, y la Sagrada Eucaristía como sacrificio. Nos agrada acompañar a Jesucristo en el Tabor y construir las tiendas cercanas a las de Pedro; en los triunfales amaneceres de Palmas, en las Parábolas misericordiosas y en las promesas divinas; mas nos olvidamos de que Cristo es Redentor, que la Redención es una reparación, que la reparación de la Cena y de la Cruz fueron de Cristo al Padre, pero la reparación de la Eucaristía es del Cristo total e implica la estrecha unión mística de la Iglesia sacerdotal y la comunión de los fieles, en la inmola-ción y en la oblación de los altares.

Experimentamos gran júbilo en la adoración y las proclamaciones multitudinarias, pero no enseñamos con suficiente claridad a las juventudes que la Eucaristía es necesariamente sacrificio en la actual economía de la salud, lo cual pide de la Iglesia universal la identificación de espíritu e inmola-ción, según las intenciones de la víctima. Amamos los triunfos del Maestro y de su Iglesia, pero sentimos horror ante la desnudez del calvario y ante los reclamos del huerto para que permanezcamos vigilando y orando en la agonía del Señor.

La Eucaristía nos invita al valor, al sacrificio, al holocausto y al martirio. El Sacramento del Altar es una inmola-ción, un martirio incruento, la muerte mística del Cordero de Dios. Erraron los anglicanos por su falta de fe en la presencia real y por lo tanto en la víctima del Calvario, sin la cual no puede subsistir el sacerdocio. A todos los éxtasis —decía Santa Teresita— prefiero el sacrificio.

Y es que en la Sagrada Eucaristía, al decir de Melchor Cano, hay un sacrificio interno de las especies de pan y vino, y un sacrificio interno del cuerpo y la sangre de Cristo que ofrecemos a Dios Padre. Tiene intención la Santa Misa de hacernos entrar en los sentimientos de Jesús, sacerdote y víctima. Y es primordial preocupación de la Iglesia en

la liturgia, el que los asistentes conjuguen sus intenciones con las del Señor encarcelado en los tabernáculos y ofrezcan los sufrimientos de la humanidad, a fin de realizar con El una hostia agradable al Padre, sin olvidarnos de que San Pablo nos invita a suplir con sufrimientos lo que faltó a la Cruz de Cristo, es decir, que nuestra salud esté pendiente de la Cruz y del Sagrario, siempre que nosotros clamemos y creamos que al Sagrario se llega con la Cruz.

Es grave, grande, intrínseco, el fin sacrificial de la Eucaristía. No podemos olvidar que la consagración de la Cena se consumó cuando ya Cristo padecía la pasión in qua nocte tradebatur. Repetidas veces habló Jesucristo de la Eucaristía sin que la haya querido instituir hasta cuando la pasión había empezado su curso en el alma del traidor y en las maquinaciones desesperadas de los príncipes del pueblo. San León Magno exclamaba: "Cuando en el atrio de Caifás se urdía la trama para matarlo, el Señor, ordenando el sacramento del cuerpo y de la sangre, enseñaba qué clase de Hostia debería ofrecerse al Padre".

La Cena, la Cruz y la Eucaristía son el mismo sacrificio. La Misa es una liturgia dolorosa, es la oración sacerdotal del sacrificio.

Y toda la sustancia de la gran Encíclica "Misserentissimus Redemptor" consiste en pedir a la humanidad santificada por el bautismo, la colaboración con Cristo en el dolor, en la plegaria, en la reparación por las ofensas públicas y por los pecados de la historia.

Es común sentencia de los teólogos cristianos que los frutos de la Santa Misa se tornan fecundos en nosotros y eficaces, cuando el ministro y los fieles comulgan a Cristo y comulgan con Cristo las agonías del huerto de los olivos de tantos sagrarios olvidados, desamparados y fríos.

Pero si el espíritu está pronto y la carne es flaca, estos certámenes de la fe tradicional de seis países nos convidan, no a desear que pase el caliz de la amargura, sino a inmolarlos para cumplir heroicamente la voluntad de Dios. Sufriendo con Cristo la inmólación de la voluntad, colaboraremos con El en la expansión de su reino y en la purificación del Cristo total, la Iglesia, cuya cabeza es Nuestro Señor. En los días del Congreso Eucarístico Bolivariano, nosotros deberíamos exclamar con Teófilo ante el gran emperador Antonino Pío: "Entre los cristianos rige la templanza, se cultiva la continencia, se guarda el matrimonio único, se protege la pureza, se extermina la injusticia, se arranca de raíz el pecado, se practica la justicia, se observa la ley, se oficia el culto al verdadero Dios, es alabado el Señor en la confesión, la palabra santa guía, la sabiduría enseña, la vida divina gobierna y Dios reina".

SEGUNDA POSICION HERETICA: EL EXISTENCIALISMO.

El Existencialismo, fruto de un corazón ateo en trance de suicidio, niega las conclusiones de la sabiduría acerca de la substancia, los dogmas de la Redención, la regeneración y la esperanza. Prevalido de la angustia sicopática provocada por las hecatombes con su secuela en la desesperanza de inmensos núcleos desplazados y sin fe, aplica las ideas de Heidegger y los pesimistas germanos a la vida cultural, a la fi-

lososía del arte, al concepto de la vida y del deber. Es claro que las pasiones desbordadas sobre las ciudades destruídas, el hambre y las ilusiones rotas de tantas juventudes enflor, vieron marchitarse el encanto de la vida, después de haberse marchitado en los pecados capitales los recursos y las frescas esperanzas de la primera edad.

No levantan, como Job, los sedicentes existencialistas, su corazón a Dios, ni comprenden el dogma del pecado original, ni recurren a la filosofía cristiana del dolor para la cual toda lágrima es sagrada y toda inmólación engendra coronas inmórtales, y antes bien, construyen la entelequia escatológica en un devenir de Nirvana, distinto al valle de lágrimas de los cristianos, en el cual sobreabundan los estímulos superiores, cuando la teología de la gracia glorifica nuestras tristezas y martirios.

Contra los existencialistas, últimos derrotados de la vida y fugitivos de la esperanza, del deber y de la cultura, pongamos nosotros valerosamente el místico sentido meritorio del holocausto y de la Víctima propiciatoria de Nuestro Amo y Sacerdote.

"Muerto en la Cruz, conquistó con derecho inalienable, como hombre, como víctima, como sacerdote, toda la humanidad que pasa a su dominio como trofeo de su pasión" (Sepich).

El cristianismo, dijo el pensador belga, es el mayor acontecimiento en la historia de la pedagogía, no porque haya revolucionado esta ciencia directamente, sino porque ha provocado la mayor transvaluación de valores morales y por tanto, de valores pedagógicos. — El Dios — Hombre es el hombre nuevo, el nuevo ideal, el nuevo principio de vida. Ni la humanidad puede vivir sin Dios, ni Dios quiere vivir sin el hombre, y cuando esos dos necesitados, el uno del otro, el necesitado por su miseria y el necesitado por su misericordia, se abrazan, aquel queda redimido y Este queda glorificado en su victoria sobre el mal. Esa hora ha sonado ya, continúa Eijo y Garay. Llegado el hombre al paroxismo de la soberbia y a la máxima humillación de su desgracia, el Corazón de Jesús, su Rey celestial, le da al hombre lecciones de humanidad. Enzarzados los hombres, los pueblos y las clases sociales en rencorosas luchas, el Corazón Mansísimo les enseña la verdadera fraternidad; desacreditado el materialismo egoísta y brutal que se había erigido en único norte de vida y a la par en verdugo de todos los débiles y en explotador de todos los necesitados, Jesús les abre el corazón, escuela de abnegado y amoroso sacrificio de los unos por los otros. Esa es la nueva etapa que se abre a los hijos de la humanidad, la cual, tras la quiebra de unos principios, no tiene que escoger sino entre la vida de Cristo o la muerte de los pueblos, en el fangal ensangrentado de las frenéticas convulsiones revolucionarias.

Tres son las razones —en mente del Angélico— por las cuales Jesucristo instituyó la Eucaristía: dejar a los hombres un vivo recuerdo de sí, darles una víctima en la cual ofrecieran el verdadero sacrificio, y suministrarles espiritual alimento. Tres fines para reparar los tres males antiguos en los cuales se había precipitado el hombre: olvido de la Divinidad, hurto de su gloria y corrupción, fruto del pecado. Por ello la Eucaristía tiene una triple virtud: nutritiva, curativa y preservativa.

Diariamente nos prestamos a ser instrumentos conscientes de la inmolación de Jesucristo. En el altar reproducimos el drama del Calvario. Jesucristo no desciende a él con la gracia de la niñez ni con el encanto de la juventud, sino con la abnegación de la víctima. Practicada la inmolación, nos nutrimos del holocausto. La Carne del Verbo alimenta el espíritu, la Sangre nos baña con la vida divina, dijo el Pontífice.

Contra los pedagogos russonianos, nietzchanos, existencialistas, predicadores del pesimismo, la catástrofe y el baldón, tenemos que enseñar a las juventudes el amor a la Eucaristía, sacramento del apostolado, por ser el sacramento de la unión con Dios y de los hombres entre sí. Los que desean saturarse de la vida divina permaneciendo en un perfecto aislamiento, fingen ignorar que pertenecemos al cuerpo místico que engendra una sola alma y un solo corazón. El espíritu del Señor circula por el organismo espiritual, lo anima y vivifica y todas las divergencias humanas cesan cuando los hombres se nutren con la carne de Cristo. Esta unidad es la única fuerza capaz de mortificar el egoísmo individual y de engendrar automáticamente la concordia social, concordia que no será una realidad mientras no se parta de la base de que el problema social, antes que económico y moral, es un problema teológico, fácil de resolver en la unión con Cristo, y de imposible solución por otros métodos distintos de la caridad en la Eucaristía.

Para aliviar al hombre, agobiado y enfermo, está la tierra sembrada de sagrarios, como los cielos de estrellas. Y algún apologista se permitió establecer un paralelo entre el Corazón de Cristo en el sagrario y una potente emisora desde la cual irradie el lenguaje de la misericordia y de la fortaleza a través del aire, los continentes, las islas y los mares. Serán los receptores las almas en gracia de Dios, tanto más delicados y seguros en captar la palabra del Maestro y sembrarla en el corazón, cuanto más purificados se hallen en la divina hoguera que enciende y purifica el sufrimiento por el Cuerpo Místico, en lucha con el ángel de las tinieblas.

Seis países católicos vienen hacia Cali, altar internacional en estos días, en el cual deben quemarse todas las humanas miserias para que la sangre divina del Cordero rocíe las víctimas, que somos nosotros, concorpóreos, consanguíneos, copartícipes con Cristo, víctima por esa adolorida humanidad, lacerada por la concupiscencia, hoy desgarrada por la falta de unidad espiritual, agobiada por no querer aceptar la alegría del sufrimiento y no beber a raudales de la sangre que brota del indeficiente manantial. Bendita sea la voluntad de Dios que nos dio este certámen de amor a la Eucaristía. Digamos con San Efrén: "Del cielo descendió como luz, de María como germen. De la cruz descendió como fruto, ascendió al cielo como primicia. Hay oblación arriba y abajo porque fuiste muerto y eres adorado, descendiste a la tierra y fuiste hecho víctima. Ascendiste y se hizo la oblación magnífica". Ante la grandeza de la magnificencia del Cordero de Dios, son vacías todas las concepciones pedagógicas y las filosofías universitarias que buscan la solución en la derrota e ignoran que no hay salvación si no se construye la ciudad sobre el fundamento que fue puesto: Jesucristo.

TERCERA POSICION HERETICA: EL TOTALITARISMO.

Diversas formas de un mismo sentido, venal y absorbente, desconocedor de la naturaleza humana y peculiarmente de los derechos de las juventudes, son los cuatro totalitarismos del siglo XX, mitos con pretensión de ser los sucedáneos de la cultura latina, y del sentido justo asignado por la teología a la persona humana, concéntanea con los principios normativos del Evangelio: ellos se llaman el **racismo**, el **capitalismo**, el **marxismo** y el **laicismo**, fruto del racionalismo, el cual es resultado lógico del protestantismo. Algún pensador y crítico ha sostenido, tras un maduro estudio, que sin Lutero no se hubieran presentado a enfermar las inteligencias: ni Kant con su autonomía de la razón, ni Hegel con su estado infalible y omnipotente, ni la Enciclopedia y la revolución con su caudal de ignominias en la creación de una nueva plutocracia, fría y atea, ni Shopenhauer con su pesimismo patológico, ni Marx y Lenin creadores de un mesianismo materialista, ni las guerras del catorce y del treinta y seis, última etapa, crítica y dialéctica del libre examen que desgarró a Europa y disgregó la cultura occidental, ni el laicismo, aparecido en la pasada centuria en la América latina y que aun sobrevive oficialmente en Paraguay, Cuba, Uruguay y Guatemala, a la par que en fuertes grupos agresivos controlados por la masonería y la extrema izquierda en casi todos los países de América. No hay generación espontánea en derecho ni en pedagogía, ni hay efecto sin causa en la política de los pueblos y en los atributos jurídicos de las naciones. La juventud moderna tiene que defenderse heroicamente de la herencia heterodoxa de los siglos anteriores en medio de las convulsiones frenéticas de un mundo que se apartó de Dios en la inteligencia, después de haber apostatado en el corazón. Pero es mejor y más valiente la juventud educada tras el influjo de la Iglesia en nuestro siglo, debido a que desde su alborada decidió salir de las sacristías, nuevas catacumbas, en que la proscribieron el laicismo y las leyes de manos muertas unidos a los decretos de tuición, y se lanzó a la calle, a la prensa, a las emisoras, al sindicalismo cristiano, a la denodada contradicción al nuevo paganismo.

El Racismo:

Pretendió el racismo que las demás razas fuesen satélites pedestal del predominio ario. Nada más contrario al cristianismo, ante cuyo altar desaparecen las denominaciones de bárbaro o escita, de griego o romano, de latino o de sajón, de indio o de gente de color. Ante la Eucaristía nos unimos a Dios nuestro padre común y somos hermanos de quien se asimiló con nosotros en la encarnación y continúa predicando las bienaventuranzas desde el sagrario. Con la idea racista, la psicología, la moral, el arte y la teología, estaban supeditadas por misteriosos derechos de la sangre pecadora, de los arios, como si hubiera distinta redención para el hombre caído sin la sangre del Cordero, que sembró en las rocas del Calvario el fecundo rosal de la hermandad, de la caridad, de la justicia y de la universal vocación por el universal sacrificio. Contra la gruz gamada se irguió la Cruz de Cristo Señor, y con-

tra los tenebrosos mitos de Shiller, el Corazón de Cristo abrió las esclusas de su caridad y su misericordia. Un día llegó el nuevo mensaje hasta las columnas de Bernini, cuando Pío Onceno, como León Magno, detuvo a los nuevos invasores. Los cascos de acero fueron débiles y fugitivos ante los sagrarios de Roma, adorados por los ángeles y las vírgenes que lo rodearon prisionero y lo aclamaron victorioso. **Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat**, reza el obelisco labrado por los egipcios en Asuan y levantado por Miguel Angel al frente de la cúpula maravillosa de San Pedro. Hasta esa plaza han de llegar los conquistadores con los pies desnudos, so pena de que revivan por la divina justicia vindicadora los episodios de Canosa: "Dominus irridebit eos".

El Marxismo:

Cuando aparece la Eucaristía, el mundo se redime, se quiebran las rodillas, las almas reconquistan la jerarquía de valores y hay paz en la tierra, entre los hombres de buena voluntad. La libertad es dogma cristiano y la suprema libertad consiste en el predominio de la gracia sobre los apetitos inferiores en permanente rebeldía. No tienen paz ni son libres los hombres si Cristo no los gobierna y no es reconocido como su pedagogo y su maestro. Al contrario, cuando la bota del marxismo pisa el duro suelo de la reconquista, se esconde la cultura, desaparecen las naciones, se ausenta la responsabilidad histórica de los pueblos, son oprimidos los estados, gimen las campanas su silencio, hay luto en los hogares cuando los jóvenes creyentes, que protestan contra la calumnia y la injusticia, son atados por la espalda para seguir detrás del Cardenal húngaro o de monseñor Stepinac, de los prelados de Polonia y los Balkanes, hasta los grillos de las cárceles o los enigmas de Siberia. Cuando Lenin desaloja a Jesucristo, muere la juventud con su libertad, su alegría, su coraje y su esperanza. Sin embargo, en las masmorras el ángel del Sagrario los consuela, el cáliz del huerto los revitaliza y el viático es el premio de los confesores. Pobre juventud oculta tras la cortina de hierro que gime el horror de las tinieblas y el terror del suplicio cuando opina! Ocultos entre los deportados y desplazados, están los sacerdotes con un caliz de cristal y un tosco crucifijo de madera, más fuertes que los tanques y más fuertes que los milicianos. Día vendrá en que la sangre martirizada y calumniada de los cristianos de Rusia sea fecunda semilla y redención. Mientras tanto, el Cuerpo Místico sufre, gime y llora con válidos clamores la plegaria del Señor: "Perdónales, Padre, porque no saben lo que hacen".

El Capitalismo:

El sistema capitalista que va creando monstruosas organizaciones para explotar al pueblo, que pretenden poner a trabajar al mundo para enriquecer más y más a **Wall Street**, el capitalismo que ha puesto el cine al servicio del divorcio, la desnudez o la licencia, es tan tiránico y opuesto al Evangelio como el comunismo ateo. Si la misma economía política continúa defendiéndose como la ciencia de la riqueza, en lugar de definirse como la ciencia de procurar el bien común, cual la conci-

bieron los teólogos, si el trabajo de los latino-americanos está subestimado, si a cada sol amanecen estos pueblos en zozobra esperando la especulación de mecanismos inclementes, se deduce que la justicia cristiana debe regir ya, ya, la economía entre los estados, para dar paso al espacio vital de la familia que reclaman los Pontífices. No podemos continuar hablando de los tres grandes si queremos subsistir como pueblos libres. Ese lenguaje ha desembocado en el veto moscovita contra las naciones indefensas. La sociedad de naciones ideada por el Libertador en Panamá, igualaba a los pueblos en el derecho y santificaba el derecho internacional al incorporar como principios básicos de la convivencia de los estados los postulados de los teólogos de España, más audaces, justos y comprensivos que el pacto del Atlántico y las consignas de la ONU.

Bolívar fue el estadista que aplicó las normas justas al derecho, extrayéndolas de la teología y del derecho de gentes creado por Suárez y Vitoria, eco justísimo de la filosofía que arranca del Evangelio y pasa por Santo Tomás en dirección al Vaticano. Al morir comulgando y perdonando en San Pedro Alejandrino, recordó a los pueblos, libertados por su genio y por su espada, que la libertad de las naciones estaba condicionada al concepto de la soberanía fundada sobre el derecho natural, sublimada por las conquistas normativas del Señor.

Cristo, señores, y el Cristo de la Eucaristía, fue el compañero de los próceres y su viático final cuando la amargura del exilio y el pan de olvido les precipitó la muerte. Pero **todas** las constituciones de los padres de América libre proclamaron a Cristo como Dios y a su Iglesia como la depositaria de las doctrinas reveladas. Comprendieron que El era el Señor de las naciones y por eso entregaron la juventud a la Iglesia educadora, conservaron con veneración el Crucifijo en los estrados y cobijaron las tumbas con la desnudez del Crucifijo.

El Laicismo:

Engendro de los filósofos del positivismo y de las logias, herederos de Rousseau, Spencer, Bentham, Stuart Mill y los sensualistas, el laicismo calumnió al sacerdote, entronizó la llamada cátedra libre, convertida en libertinaje, en la que todos los maestros, reales o ficticios, tendrían voz y voto, menos Jesucristo; laicizó los cementerios, legalizó el concubinato y el divorcio, arrancó las cruces de los hospitales y de las escuelas, se incautó los colegios y universidades católicos, enseñó el utilitarismo como pedagogía y sembró en los pueblos cristianos la tempestad de la impiedad. No es cristiano, ni latino, ni americano el laicismo, pecado de nuestras democracias, especialmente en la pasada centuria; no produjo otro resultado que desencadenar todas las concupiscencias, ni originó otra renovación que el desenfreno, ni consoló a nadie, ni sublimó a nadie. Hombres que recibieron la fe del bautismo y apostataron por las caricias del dinero, los halagos del empleo o la concupiscencia del mando, aplicaron el bautismo de sangre a sus hermanos, y, a nombre de la democracia y de la libertad, convertían las universidades en apostasía, los tribunales en prevaricación y las leyes en instrumentos de injusticia.

Cristo Señor, es juez y amigo, pedagogo y conductor; el camino, la vida y la verdad. Nada más peligroso para las naciones que abandonar a Jesucristo, dijo San Cirilo.

Bolívar juró en el monte Sacro libertar a los pueblos y cuando los creó libres y justos, los unció para siempre al Vaticano y oró por ellos en su final despedida de martirio. El Dios de Colombia, como le llamó el Libertador, y el Dios de América a quien adoró Colón, es Cristo Jesús Eucaristía!